

DOS VISIONES DE LA ECONOMIA MUNDIAL

David Ibarra
26 de mayo de 2005

Atisbar el futuro es siempre riesgoso no sólo por la posibilidad de equivocarse, sino de validar un panorama optimista o pesimista, situando logros y responsabilidades conforme a las inclinaciones del analista. Según la visión optimista, la economía planetaria después de registrar un robusto crecimiento en el ejercicio pasado (5.1%), conservará parte de su dinamismo (4.3% en 2005) con el impulso continuado de sus dos motores principales: los Estados Unidos y China. La economía norteamericana, pese a ciertas tendencias recesivas recientes, parece reanudar su ascenso productivo y algo similar ocurrirá con muchas otras naciones industrializadas, siendo la excepción más notable el Japón. El alza en los precios del petróleo, de otras materias primas y de las tasas de interés, han tenido hasta ahora impacto marginal en las presiones inflacionarias estadounidenses, debido a la mayor flexibilidad de su economía y a las tendencias también favorables al acrecentamiento de la productividad.

En cuanto a China, todo indica que la actividad económica real habrá de seguir creciendo con intensidad (9.5% en 2004 y 8.5% en 2005), a pesar de comenzar a implantar restricciones ante el riesgo de sobrecalentamiento económico y de ciertas debilidades en las instituciones financieras internas.

Los países periféricos han resultado beneficiados por la fuerte demanda de productos primarios y condiciones financieras benignas, que se traducen en tendencias vigorosas al crecimiento, estimadas por encima del 6% en el año en curso. Impulsados por China y en menor medida por la India, las economías emergentes de Asia probablemente registren un crecimiento del 7.4%. Ascensos

algo menores se experimentarán en casi todos los países. Solo América Latina seguirá rezagándose.

El comercio mundial de bienes y servicios persistirá en una trayectoria rápidamente ascendente en 2005 (7.4%), algo menor a la del año previo, pero 72% superior al ascenso del producto mundial. El intercambio de bienes de los países emergentes se prevé subirá 18%, cifra casi tres veces superior a la de las naciones del Primer Mundo (6.4%). Con todo, el comercio de América Latina también seguirá quedando atrás del resto de los países emergentes.

En materia de precios, el Tercer Mundo continuará abatiendo con éxito las presiones inflacionarias (5.7% en 2004 frente al enorme promedio de 56% entre 1987 y 1996) aunque todavía subsistirán alzas superiores al 10% en algunas regiones. A ello ha contribuido la consolidación fiscal bastante generalizada y la apertura de fronteras a la competencia internacional.

Después del receso de 2001, la recuperación mundial ha resultado facilitada por un clima financiero favorable. Las tasas de interés permanecen bajas --a pesar de algún repunte reciente-- en el contexto de los mercados internacionales de capitales, merced, entre otros factores al financiamiento de los déficit norteamericanos por los bancos centrales de los países asiáticos. En sentido positivo ha influido por igual el mayor acceso en esos mercados al financiamiento de los países emergentes, fuera de las instituciones multilaterales de crédito. Aquí influyen dos factores centrales: la efectividad de los gobiernos periféricos en ganar credibilidad al equilibrar sus economías y acumular reservas de divisas, y la búsqueda de rendimientos atractivos por los grandes inversionistas institucionales del Primer Mundo.

Por último la visión optimista lleva a suponer que los desequilibrios comerciales, productivos y financieros que se observan en el mundo, habrán de corregirse paulatinamente. Al efecto se subraya la mayor capacidad de ajuste de las economías, la disposición de los inversionistas por sostener portafolios de valores foráneos que financien los amplios desequilibrios de pagos entre países y la identidad básica de intereses de los grandes jugadores de la globalización.

En contraste, la versión pesimista pone en tela de juicio la prolongación de la prosperidad mundial y subraya los antagonismos de intereses, los contagios y la volatilidad financiera --asociada a la estrecha interdependencia entre las economías nacionales--, y el lento avance de la globalización en crear instituciones garantes de la prosperidad planetaria, más allá de la administración de las crisis.

La expansión productiva mundial de 2005 se estima inferior a la del ejercicio precedente (5.1% y 4.3%), como resultado de desajustes que se han venido acumulando incesantemente. Se anticipa que el crecimiento de los Estados Unidos se situará por encima del 2.5%, pero el de la zona del euro y del Japón quedarán bastante por debajo, situación desfavorable que debilita el aporte del Primer Mundo a la prosperidad global.

Entre las economías emergentes las asimetrías también seguirán a la orden del día. En general, las naciones asiáticas en desarrollo mantendrán la delantera (7.4% en 2005), seguidas por los países asiáticos de la antigua Unión Soviética, mientras Africa, Medio Oriente, Europa Central y Oriental y sobre todo América Latina, continuarán rezagándose.

Las apreciaciones anteriores, plantean una serie de cuestiones importantes. En primer término, el mundo desarrollado enfrentará

desequilibrios y escollos significativos entre sí y con la periferia para impulsar sostenidamente el desarrollo planetario. En segundo lugar, la dinámica económica comparativa, está acentuando las asimetrías entre las distintas regiones en desarrollo en función de diferencias (tecnología, inversión, ubicación en las redes transnacionales de producción y comercio) que tenderán a acumularse en el tiempo y a determinar zonas excluidas de la prosperidad e inmersas en rezagos endémicos.

Los desajustes en las corrientes del intercambio llegan a niveles casi insostenibles. Europa tiene un excedente comercial pequeño, Japón y otros países industrializados registran superávit mayores pero insuficientes para cubrir el desequilibrio de los Estados Unidos. El desajuste norteamericano en la cuenta corriente es enorme, asciende a 666 mil millones de dólares (2004) y subirá a más de 724 mil millones en 2005 (6% del producto) que resulta complicado por un déficit fiscal, también mayúsculo (4.5% del producto). En contraste, los países en desarrollo acumulan superávit cuantiosos (247 mil millones de dólares en 2004).

La corrección de los desequilibrios mundiales de pagos son motivo de preocupación por cuanto a la postre demandarán de ajustes cambiarios y comerciales significativos sobre todo de parte de los Estados Unidos, de China y otros países que con alta probabilidad tendrán efectos desfavorables en la actividad económica, en el comercio y en los mercados financieros internacionales.

En los hechos, los Estados Unidos y los países emergentes de Asia viven una situación de simbiosis inestable. Los desequilibrios fiscales y de pagos de los Estados Unidos, resultan viabilizados en alto grado por las transferencias

financieras del Asia. A su vez, China y naciones vecinas ganan posiciones en la producción y el comercio mundiales. En ese proceso, los Estados Unidos ya se han convertido en la nación más endeudada y sus productores se ven desplazados por importaciones no sólo menos costosas, sino frecuentemente subvaluadas. La economía China, difícilmente podría reevaluar sustantivamente su tipo de cambio o aflojar los controles de capitales sin afectar su rápido crecimiento y sin causar trastornos que se extenderían a toda su área de influencia y al mundo. De otro lado, sin el financiamiento de los bancos centrales asiáticos, las tasas norteamericanas de interés, tendrían que ascender y acompañarse de la devaluación del dólar. Eso mismo afectaría al conjunto de la economía mundial, entre otras razones porque sus dos motores principales (Asia y los Estados Unidos) resultarían inmersos en un juego recesivo de suma negativa.

Como efecto del cambio en los saldos del comercio mundial, así como de los diferentes hábitos de consumo, la generación de los ahorros mundiales y la distribución de las reservas internacionales de divisas se viene alterando radicalmente. Las naciones del Primer Mundo ahorran el 19% de su producto e invierten el 21%, necesitando de financiamiento foráneo por el 2% restante. Por el contrario los países emergentes o de reciente industrialización, suelen ahorrar más del 31% del producto e invertir alrededor del 26%-27%, dejando un remanente apreciable para financiar a otras economías, principalmente del Primer Mundo. Todo ello se refleja en la distribución de las reservas internacionales. En 2004, los Estados Unidos y el resto de los países industrializados (excepto Japón), sólo poseían el 16% de dichas reservas. El fenómeno contrario se da en las economías en desarrollo que ya cuentan con el

62% de las divisas internacionales, concentradas en 40% en las naciones del sur y oriente de Asia.

En definitiva, cualquiera que fuere el escenario que nos depara el futuro, sea de retroceso económico y posible crisis, sea de crecimiento sostenible y atenuación de las asimetrías internacionales, lo cierto es que el mundo ha cambiado radicalmente. Ya no es la periferia la que peculiarmente registra insuficiencia de ahorro, déficit comerciales y notorios desajustes fiscales. Ahora, esos problemas están centrados en el Primer Mundo. En efecto, el promedio de los desequilibrios fiscales de este último duplica al de las naciones emergentes (3.6% frente al 1.6% del producto); los sustantivos déficit comerciales de los Estados Unidos contrastan con los superávits de las economías emergentes; asimismo, las tensiones inflacionarias parecen renacer entre las naciones industrializadas, mientras persiste la convergencia a la baja en las economías periféricas; de la misma manera, la fuente principal del ahorro planetario, se ha desplazado fuera de las zonas avanzadas. En definitiva, la producción, el comercio y el ahorro de Asia, parecen constituir un nuevo centro económico planetario que, por primera vez en la historia, surge entre los países pobres y comienza a rivalizar con Europa y los Estados Unidos.

En ese panorama pleno de incógnitas todo puede suceder: desde el progreso mundial sostenido y la atenuación o eliminación de las fuentes de conflictos sociales y entre países, hasta una crisis prolongada, el acrecentamiento de las desigualdades distributivas y la aparición de nuevas tensiones entre los viejos y los nuevos centros del poder económico del mundo. Habrá que precaverse.